

y mi inmaculada; no me niegues la entrada en tu corazón.»

¿Cómo podemos negarnos á tan tierno llamamiento? ¡Oh Esposo divino! Deseamos unirnos á Tí con más ansias que el ciervo herido desea llegar á la fuente de las aguas; se halla nuestro corazón herido con las saetas de tu amor: ¿cómo dejaremos de amarte? Han sido nuestro alimento las lágrimas: ¿cómo no acudiremos á Tí, que eres nuestra alegría? Hemos padecido hambre y sed: ¿cómo nos negaremos á tu dulce convite, en el cual nos hartarás, é inebriarás con el torrente de las delicias celestiales? Ven, pues, ¡oh Esposo de mi alma! ven; sed todo mio, sed mi único bien, mi única esperanza, mi encanto y mi amor; si me olvidare yo de Tí, olvídense de mí mi mano derecha; entrarás en mi corazón, te estrecharé, te abrazaré y no te abandonaré hasta que me llesves á tu amable presencia en el cielo, donde ya no temeré perderte.

MISA DE GRACIAS.

TE DEUM LAUDAMUS.

I.

Treinta y tres años pasados entre los excesos á que podían dar lugar pasiones violentas, nutridas en la ardiente Numidia; mil errores sucesivamente adoptados y despreciados por un espíritu que sería el primero entre los grandes y gigantescos ingenios de la Iglesia; mil preocupaciones que atormentáran largo tiempo á un alma viva y perspicaz, deseosa de ser justa, pero retraída por las consideraciones del mundo corruptor; un edificio de maldad, por fin, cae, desaparece, y el erguido filósofo, el gran retórico del Occidente, se humilla á los piés de

un anciano venerable, que con palabras dulces y enérgicas, con una elocuencia propia de la Religión, lo atrajera, lo enterneciera y lo ganara á Jesucristo; era el jóven Agustin, postrado á los piés de Ambrosio. Bautizado aquél, levantando éste sus manos al cielo, anegados sus ojos en lágrimas de gozo, entonára lleno de fuego y entusiasmo divinos: «¡Dios mio, yo te alabo y te bendigo; te alabo, te bendigo y te adoro en union de esta alma que acabas de santificar.» *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur.*

II.

¡Oh Dios! Si nuestras palabras han sido la espada de dos filos que ha herido el corazón de algun pecador; si en las voces que Tú has puesto en nuestros lábios alguno ha sentido aquella voz terrible que hiende los cedros del Líbano y ablanda las piedras; si algun alma ha conocido sus errores y ha entrado por el camino de la verdad y de la justicia, tuya es, Señor, la gloria, tuyo es el honor, á Tí pertenece exclusivamente la alabanza: *Te Deum laudamus*; á Tí, á quien como á Padre y Autor de todo bien, adora toda la tierra; á Tí, á quien como á Rey Supremo sirven los ángeles y obedecen los cielos, y ante quien se humillan las Potestades; á Tí, en cuya presencia los querubines y serafines, llenos de amor y de respeto, grandiosos himnos entonan, engrandeciendo tu sabiduría, tu omnipotencia y tu santidad: *Tibi Cherubim et Seraphim incessabili voce proclamant.*

III.

Justo es que unais vuestras voces á las de los espíritus soberanos; justo es que así como el convertido Agustin alternára este himno con el obispo Ambrosio, alter-

neis vosotros con los serafines. Dios os ha perdonado ¡oh pecadores! Dios os ha extendido sus brazos, os ha estrechado en ellos; alabad, pues, su justicia, su amor, su misericordia y su santidad infinitas, cantando con los coros angélicos: «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de las grandezas de tu gloria.» *Sanctus, etc.; Pleni sunt, etc.*

IV.

Te damos gracias, Señor, por los dones que nos dispensais, y postrados humildemente, confesamos que nada somos sin tu ayuda; nuestras palabras no pueden explicar tu grandeza y majestad; pero juntamos nuestros acentos con los de los bienaventurados; bendígate ¡oh Dios! el coro glorioso de los Apóstoles; bendígate el loable número de los Profetas; bendígate el cándido é inocente ejército de mártires y vírgenes; bendígate tu santa Iglesia, extendida en todo el mundo. *Te gloriosus Apostolorum chorus, etc., etc.*

V.

Creemos con la Iglesia el inefable misterio de tu esencia divina en tres Personas; creemos que eres Padre eterno de inmensa majestad; creemos en tu adorable y único Hijo, engendrado por Tí entre los resplandores de los Santos, consubstancial é igual en todas las perfecciones y atributos divinos; creemos en el Espíritu Santo Consolador, que procede del Padre y del Hijo; creemos que el Verbo eterno es el Rey de la gloria, el Hijo eterno del Eterno Padre; recibid, Señor, nuestra fé sincera, nuestra creencia invariable, ya que no podemos presentaros nuestras obras, pues somos pecadores. *Patrum immense, etc. Tu Patris sempiternus es Filius.*

VI.

¡Oh amantísimo Jesus! ¡Qué exceso de amor nos mostrásteis, sin mérito alguno por nuestra parte! Éramos esclavos del demonio, y para romper las cadenas con que estábamos aherrojados, te humanaste, no desdeñándote de tomar nuestra carne en el vientre de una Virgen. La cruel guadaña de la muerte ejercía sobre nosotros un imperio despótico y tirano, condenando nuestros cuerpos al polvo y nuestras almas á las penas; pero tú, como campeón noble y generoso, destruiste el aguijon de la muerte y abriste á cuantos creyesen en tí el reino de los cielos; despues de habernos prometido tu asistencia hasta el fin, glorioso subiste á los cielos conduciendo á aquella pátria soberana á muchos de nuestros hermanos, y te sentaste á la diestra del Padre, de donde no te levantarás hasta aquel dia en que vengas como Juez, lleno de gloria y majestad, á triunfar de tus enemigos y juzgarlos, y á salir por la causa de tus amigos y llevarlos triunfantes en cuerpo y alma á la celestial Jerusalem: *Tu ad liberandis suscepturus, etc., etc., etc. Judex crederis esse venturus.*

VII.

Entre tanto, ¡oh generoso Jesus! que con tanta liberalidad derramaste tu sangre por salvarnos, mira benigno á tus hijos; revístenos con tu gracia y virtud, para que podamos vencer á tantos enemigos como nos rodean; somos tus siervos redimidos con gran precio, con precio inestimable; extiende hácia nosotros tu mano compasiva, y sosten nuestra debilidad: *Æterna fac cum Sanctis, etc.*

VIII.

Agregadnos al número de tus Santos, para que en la eterna gloria os alabemos y bendigamos; derrama copiosas bendiciones sobre tu pueblo, rígelos con cetro benigno, gobiérnalo con piedad, ensalzando á tu Iglesia y dándola victoria contra la mentira y el error, y extendiendo el conocimiento de tu santo nombre á los pueblos que aún no han oído hablar de Tí, para que lo alaben por los siglos de los siglos, así como nosotros lo bendecimos y ensalzamos. *Et laudamus nomen tuum, etc., etc.*

IX.

Suban, por fin, ¡oh Dios! nuestras alabanzas hasta el santuario de gloria donde habitais, y por tu dignacion santa no permitas que en este ni en ningun otro dia de nuestra vida nos domine la culpa; desde hoy te prometemos la enmienda de nuestros yerros, para que se extiendan más y más sobre nosotros tus misericordias, en las cuales siempre hemos esperado; Tú eres nuestro refugio y amparo; Tú, nuestro protector y padre; Tú, nuestro hermano y compañero; Tú, el esposo de nuestras almas; Tú, la guía de nuestros pasos; Tú, la luz, la verdad y la vida, y esperamos de tu misericordia que no ha de prevalecer contra nosotros nuestro enemigo, que no nos hemos de ver confundidos entre los réprobos, sino agregados al número de los que cantan tus glorias y triunfos por toda la eternidad. Amen.

SERMON

SOBRE LOS

PERJUICIOS QUE EL PROTESTANTISMO HA CAUSADO A LA SOCIEDAD (1).

Et clamabant alter ad alterum, et dicebant: Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus exercituum: plena est omnis terra gloria ejus.

Y clamaban alternando, y decían: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos: llena está la tierra de su gloria.

(ISAÍ., cap. vi, vers. 3.)

I.

¿Es siempre verdad eso que decís, oh ángeles del Señor? La tierra, este lugar de destierro y de miseria, ¿es cierto que esté toda llena de la gloria de Dios? Yo contemplo sus bellezas, sus tesoros, sus montes, sus valles, sus lagos, sus rios, sus fuentes, sus mares, sus cuadrúpedos, sus reptiles, sus aves, y no puedo ménos de decir con vosotros ¡oh sublimes serafines! que así es: *La tierra toda está llena de la gloria de Dios.* Al alborear, cuando la naturaleza se encuentra silenciosa y tranquila, y empiezan á vagar por la atmósfera ligeras nubes matizadas de tintes de oro; al asomar por altas cumbres las hebras de luz que dan suaves coloridos á todos los objetos; al contemplar entónces el cuadro admirable de la

(1) Este sermón fué predicado en la iglesia de Santo Tomás de Madrid, el día 25 de Febrero de 1872, con motivo de la abjuración de seis familias protestantes, verificada en dicha iglesia en manos del Excmo. é Ilmo. señor obispo de Archis, auxiliar de Toledo.